

Ana Martos Rubio

Los senderos secretos de Venus



Ediciones Corona Borealis

Los senderos secretos de Venus - Ana Martos Rubio

© Ana Martos Rubio
© 2018, Ediciones Corona Borealis
Pasaje Esperanto, 1
29007 - Málaga
Tel. 951 088 874
www.coronaborealis.es

Maquetación editorial: Georgia Delena
Diseño de cubierta: Sara García

ISBN: 978-84-948152-9-4
Depósito Legal: MA 490-2018

Primera edición: mayo 2018

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

CAPÍTULO I - OBJETO DE AMOR	7
CAPÍTULO II - LA NEGACIÓN DE VENUS.....	27
CAPÍTULO III - NI MALEFICIOS NI ENCANTAMIENTOS.....	41
CAPÍTULO IV - LECCIONES DE DESAMOR.....	55
CAPÍTULO V - LA HORA DEL COLOQUIO	69
CAPÍTULO VI - APRENDE A ENGAÑAR.....	89
CAPÍTULO VII - CANTOS DE AMOR Y DE GUERRA.....	101
CAPÍTULO VIII - AMOR DURADERO	125
CAPÍTULO IX - LOS SENDEROS SECRETOS DE VENUS.....	137

CAPÍTULO I

OBJETO DE AMOR

*Ante todo, preocúpate de hallar
el objeto de tu amor.*
Ovidio, El Arte de Amar.

- ¿Y no te da... pánico la noche de bodas? - Amelia miró ansiosa a su amiga.

- ¡Mujer! - Petra se encogió de hombros - ¡No lo pienso! De todas maneras, tampoco será para tanto, digo yo.

- ¡No sé! - Amelia se estremeció - ¡te cuentan cada cosa!

- ¡Hija! ¡Tampoco hay que exagerar! - Petra empezó a sentirse molesta - Todas se casan y ahí están, tan campantes.

- Pues a mí me han dicho verdaderos... - Amelia se detuvo en seco al percibir el gesto de Petra - ¡Bueno! - rectificó - ¡También dependerá del marido!

- Y de la mujer - añadió Petra - y digo yo, Amelia, si tanto terror tienes a... la noche de bodas, ¿por qué ese empeño en casarte?

- ¡Oh! - Amelia la miró un poco sorprendida - Ya lo hemos hablado muchas veces. A mí no me pasa como a Luz Carvajal, que mucho presumir de progre y... ¡ahí la tienes! trabajando como una burra, en la tienda y en la casa, y encima aguantando a Fernando que ni está casado con ella ni nada.

- Y tu madre trabaja como una burra - dijo Petra, contando con los dedos - y la mía y todas las madres que conozco y no presumen de progres. ¡También lo hemos hablado!

- Pero yo no pienso dar ni golpe - Amelia se recreó en la sombra que su delicada mano derecha proyectó a la luz de la lámpara - ¿Para qué crees que quiero casarme? ¡Para vivir!

- A cambio de... - empezó Petra.

- ¡Soportar la noche de bodas! - terminaron a dúo.

Rieron tontamente un buen rato, con una risa floja, casi obligada que ni era liberadora ni catártica ni nada de nada.

- Mi hermana Nené dice que hay que probar al hombre antes de casarse con él - Petra rozó su dedo índice sobre la tapicería del sillón.

- ¿Y si no te gusta? ¿Qué? - Amelia levantó la cabeza - ¿Lo cambias por otro? ¿En qué tienda?

- Pues ellos bien que prueban - Petra hizo un gesto con la mano - ¡Bueno! a las que se dejan...

- Como tu hermana - ya no había tiempo de rectificar, ya estaba dicho y Amelia sólo pudo fruncir los labios - al menos, eso es lo que da a entender.

- ¡Oh! Nené piensa de otra manera que nosotras - dijo Petra con aparente indiferencia - dice que lo de casarse es... una antigualla. Ya sabes.

- Bueno, Petra - Amelia volvió a ponerse nerviosa - ¿Me lo vas a contar? ¿Eh?

- Sí, mujer, sí - asintió la otra - con pelos y señales. En cuanto que vuelva del viaje de novios, te lo casco. Pero que conste que no te va a servir de nada.

- Pero será tu experiencia - protestó Amelia - directa y sin historias inventadas.

- Que probablemente no tenga nada que ver con las de otras - Petra se puso en pie y miró el reloj - Chica, es tardísimo. ¿Te vienes o te quedas?

- ¿Aún vas a clase? - preguntó algo extrañada.

- A inglés - confirmó Petra - ¡Anda! ¿Y por qué no iba a ir?

- Como te vas a casar... - Amelia se encogió de hombros.

- ¿Qué tiene que ver el inglés con el casorio?

Amelia no respondió. ¿Para qué? No había respuesta posible. Para ella, el matrimonio estaba a un lado de la vida y todo lo demás, al otro. Entendiéndose por todo lo demás el trabajo, los estudios, los agobios monetarios, las vicisitudes diarias. Hija de una familia de la tan controvertida clase media española de la posguerra, se había jurado a sí misma que su vida no se parecería en nada a la de su madre que, a pesar de tener criada, fregaba, planchaba, cosía y cocinaba como la que más.

Cuando terminó el Bachillerato, mientras su hermano Ramón se complicaba la vida en la Escuela de Comercio para llegar a profesor mercantil, ella se puso a bordar su ajuar.

- Con lo que ahorro haciéndomelo yo misma - respondió triunfante, cuando su hermano le echó en cara el no dar golpe - se podría pagar un sueldo, así que, ya ves.

- ¿Es que no piensas hacer el Servicio Social? - le preguntó Petra, que ya tenía hasta pasaporte.

- ¿Para qué? - Amelia se encogió de hombros - Si cuando te casas ya no hace falta.

Todo, todo quedaba para después de la boda. Todo lo bueno de la vida, lo dulce, lo cómodo, lo anhelado, quedaba allí, al lado del matrimonio. Y como contrapartida a tanta felicidad, ¡la noche de bodas!

No sabía cómo ni cuándo había empezado aquella obsesión, pero parecía remontarse al principio de su pérdida de la inocencia en el colegio, malamente perdida, claro. Se lo había explicado Pura Muñoz, que era interna gratuita, huérfana de la Guardia Civil, resentida contra las señoritingas que pagaban el curso a las monjas y acudían los domingos a misa vestidas de calle. Ellas, las pobres huérfanas, sólo disponían del uniforme, al que, ya de mayorcitas, algún día extraordinario agregarían una rebeca azul claro sobre la blusa blanca, inflarían la falda azul marino con el canacán rudimentario, fabricado a base de almidonar viejas enaguas de hilo, y se guardarían la corbata en el bolsillo.

Pero las internas gratuitas, aun siendo de pueblo, aun siendo huérfanas y aun careciendo de los caprichos de las de pago, sabían más,

infinitamente mucho más que las niñas de capital. Y por eso canjeaban sus secretos por un cabás usado, un plumier con la tapa descarrilada o un broche para el pelo.

- Dímelo - susurraba la externa, la de pago, la de ciudad.

- ¿Me das el acerico y los alfileres? - la interna, la gratuita, la de pueblo, extendía la mano ansiosa.

Y su boca expelía el secreto tergiversado, toscamente adecuado a la mentalidad de ocho o nueve años de su poseedora, insensatamente fundamentado en razonamientos pseudocientíficos, cuando no indudablemente mágicos. El secreto capturado directamente por la niña ciudadana era a veces robado a medias en el libro prohibido, oculto en el fondo del armario, entre la ropa de invierno, cuyas tapas hablaban de uso del matrimonio, vida sexual sana y otros temas proscritos a la curiosidad infantil. Otras veces, el secreto provenía de un inmenso diccionario consultado a escondidas y, otras, las más, de los hermanos mayores, de las criadas o de algún amiguito callejero. Pero, cuando el secreto contaba en el haber de la niña pueblerina, su procedencia era la misma observación de la naturaleza, la propia lógica aplicada al devenir de la cotidianidad.

- Que el hombre se reproduce por huevos, pero no los pone - podía ser la expresión del secreto capturado por la niña ciudadana.

- Que para tener un niño, hay que meter la pilila en lo de la mujer y, para tener una niña, la pilila y la bolsa - fue la explicación con que Pura Muñoz le desveló el misterio de la vida, junto con una de sus más ansiadas interrogantes.

Probablemente allí comenzaron las angustias de Amelia, en la conciencia de la diferencia de tamaño entre la cavidad que en sí misma percibía y la magnitud de los objetos a insertar. Nadie le explicó la metodología de tal atrocidad, porque a nadie recurrió. Aquella idea la obsesionó durante mucho tiempo, hasta que se sintió capaz de indagar de nuevo en la realidad desvelada y averiguó más cosas.

- Pues mi hermana Paqui - le explicó en voz baja Sagrario Jiménez en clase de trabajos manuales y aprovechando que sor Antonia era bastante sorda - dice que, cuando te casas, el marido te hace sangre y si no, es que no eres buena.

A los once años, Amelia había conocido completamente la verdad, de forma objetiva y sin misterios, de labios de Cándida, la criada espontánea y sincera con la que trabó cierta amistad.

- No hagas caso, chica, - explicó Cándida - lo que pasa es que cuando te la meten por primera vez, duele lo suyo, porque se te rompe una teli-lla que tenemos ahí, pero luego, da un gusto...

Aquella revelación la tranquilizó bastante, pues el displacer se reducía a una sola experiencia, dejando después lugar al placer que acompañaría a las experiencias siguientes.

A los trece años tuvo la regla y su madre le explicó someramente el asunto, sin mencionar para nada la función biológica del mismo, limi-tándose a narrarle el efecto y no la causa. A los catorce, se le declaró un chico por primera vez. Se dejó tomar de la mano y besar en la mejilla, pero sus labios y su cuerpo permanecieron intactos, a pesar de que Pe-tra Mendizábal, con la que había hecho gran amistad a partir de tercero de Bachillerato, la instaba a seguir adelante.

- ¡Mujer! ¡Por dejar que te bese en la boca no va a pasar nada! - dijo Petra.

- Es que... - Amelia no se atrevía a decir la verdad - lo que pasa es que...

- ¡Dímelo! - pidió Petra - Dímelo y lo estudiaremos.

- ¡Me da asco! - confesó Amelia casi divertida.

- ¡Asco! - era lo último que Petra esperaba oír - entonces es que Pa-blo no te gusta. ¿Por qué sales con él?

- No sé - Amelia se encogió de hombros.

La primera vez que vino a cuento, su madre le explicó que los mu-chachos necesitaban satisfacer ciertas necesidades biológicas y para ello buscaban a las chicas "fáciles", reservando a las honestas para fines más loables.

- ¿Solamente los chicos tienen esas necesidades? - preguntó Amelia curiosa.

- Las mujeres nos desahogamos con el período - respondió docta-mente la madre - y por eso no las sentimos.

Mientras ella coqueteaba con unos y con otros, sumida en la inmensa duda de qué sería para ella aquello del matrimonio y del amor físico, su hermano Ramón trataba de captar noticias por la radio, aprovechando las noches en que los padres salían al cine y ellos se quedaban solos en casa.

Ella no prestaba atención a lo que Ramón escuchaba con tanto afán y entendía que se trataba de cosas prohibidas que luego comentaría con los amigos en el colegio, en el billar o en la calle. A veces, venía a casa algún amigo y se pegaban a la galena, para oír sabía Dios qué programas que podrían haber captado perfectamente con el aparato de radio del comedor. Primero supo que Ramón y sus amigos se encerraban en su alcoba para atrapar con la galena emisiones prohibidas y luego averiguó que utilizaban el somier como antena y la tubería de detrás de la cama como toma de tierra.

Para ella, lo prohibido comenzaba y terminaba en el sexo, en aquella actividad desconocida que la aterraba y la atraía intelectualmente, con la curiosidad de quien ha de recorrer por fuerza un camino y se interesa por los sinsabores que lo salpican, con la esperanza de habituarse a ellos o aprender a eludirlos. No consiguió experimentar aquellos sabores que Nené y la misma Petra le señalaban como aliciente inefable de los besos en la boca. Para Amelia, todo quedó en una caricia blanda y húmeda que se interrumpió ante la repugnante intentona de acceso de la lengua de Pablo a su cavidad bucal. Ninguno de los subsiguientes muchachos consiguió más.

- Bailando con Armando - le confesó Petra una tarde - sentí sus partes.

- ¡Oh! - Amelia la miró horrorizada - ¿y no te apartaste?

- ¿Te parece que es pecado? - preguntó la amiga.

- ¿Pecado? ¡Sí! ¡Claro! - respondió Amelia enfáticamente.

Ella había aprendido a bailar como le habían enseñado las camaradas de la Sección Femenina, a base de “jarabe de codo” y, solamente cuando el muchacho le gustaba mucho, Amelia se dejaba ceñir de la cintura para arriba, separando las caderas hacia atrás a base de hacer fuerza con los riñones y por ello jamás había sentido “las partes” de su pareja, como le ocurrió a Petra.

Precisamente, la confesión de su amiga la alertó acerca de lo que le podía suceder si descuidaba su vigilancia, con lo cual, el baile se convirtió por sistema en un forcejeo más próximo a un combate que a un entretenimiento placentero.

A los dieciocho años, Amelia había conseguido aprobar la Reválida y había decidido olvidarse de actividades académicas o laborales y dedicarse a su ajuar. A los veinte, seguía discutiendo con su hermano, empeñado en sacarla de su filosofía a la que él denominaba “pancismo” así, a secas, sin Sancho por delante.

- Más de cinco mil universitarios se han manifestado y han expedientado a los profesores que apoyan el movimiento - explicó un día Ramón agitado, al volver de clase, - gente como López Aranguren y Tierno Galván.

- Eso es por meterse en líos - opinó Amelia.

A los veintitrés años, aburrida de tratar únicamente con chiquilicuatres a medio hacer, Amelia buscaba el modo de relacionarse con hombres hechos y derechos y al mismo tiempo, la manera de afrontar dichas relaciones de forma operante. Las monjas le habían enseñado un sistema excesivamente gazmoño y las camaradas de la Sección Femenina le habían tratado de inculcar un sentido demasiado responsable, honorable y profundo. Con su madre no hablaba jamás de temas semejantes y las amigas opinaban de formas bien dispares.

Por eso, cuando Petra Mendizábal le comunicó su próximo matrimonio con José Miguel Torregrosa, industrial adinerado, Amelia sintió la mordedura de la envidia, pero su generosa amiga le ofreció la posibilidad de ponerla en contacto con las amistades de su futuro esposo, entre las que indudablemente se contarían hombres interesantes para sus propósitos.

Cuando Petra y José Miguel regresaron de su luna de miel en Italia, las dos amigas se reencontraron.

- ¿Y qué? - Amelia la miró impaciente.

- ¡Oh! - Petra se echó a reír - es... ¡delicioso! - estiró sus brazos esbeltos, con las manos juntas y elevó el hombro hasta su cara. Un gesto sumamente femenino, que había conseguido copiar con gracia a Marilyn Monroe.

- ¿Sí? - Amelia estuvo a punto de palmotear al advertir la actitud de ensueño de su amiga. - Y... ¿la noche de bodas? - insistió.

- Quedamos en que todo dependía del marido ¿te acuerdas? - Petra la tranquilizó - si él no es una bestia, como deben de ser los de las que te cuentan todas esas atrocidades de hemorragias y torturas, no es para tanto. Un poquitín... ¿cómo diría yo?... molesto, pero sólo al principio.

- Pero cuéntame, por favor - insistió Amelia - ya sabes que a mí me han dicho que sientes que se te rompe algo por dentro, que te sale sangre y hay que poner toallas y que...

- ¡Oh! - Petra volvió a reír - ¡exageraciones! ¡todo eso no es más que folclore, el folclore del virgo, como dice mi hermana!

- ¿Entonces? - Amelia hubiera querido zarandearla - ¿no duele, no se sangra, no se te rompe nada?

- ¡Bueno, sí! - concedió Petra - algo se rompe o se rasga por ahí, pero ¡hija! está una tan... ¿cómo te diría yo?... ¡deseosa! que ni te enteras hasta que ya está hecho. Y luego, es muy, pero muy agradable - terminó soñadora.

- Ahora que estoy en mi casa - Petra cambió de conversación - cumpliré mi promesa, ya verás. La semana que viene pienso dar una fiesta para los íntimos y te encontrarás con muchos de los que conociste en mi boda. ¿Te acuerdas de alguno en particular? No quisiera olvidarme de invitarle.

- Carlos Vidal - dijo Amelia - me pareció muy atractivo.

- ¿El o su Peugeot? - preguntó Petra con cierta sorna.

- Mmmm... - Amelia husmeó el aire - primero él ¿sabes? y luego, el Peugeot.

- Bien - asintió Petra - me alegro de que sea así. No sé si recuerdas a Perico Alcántara.

- Sí, claro - dijo Amelia - no está mal.

- Se quedó contigo - informó la otra - así que prepárate, porque te dará la paliza.

La noche anterior a la deseada fiesta, Amelia se acostó soñadora y risueña, pensando en su próximo encuentro con aquel Carlos Vidal tan

atractivo; con Perico Alcántara, soltero y dado como el que más al coqueteo y que, encima, según Petra, estaba “quedado” con ella; y con algunos otros posibles candidatos a ayudarla a alcanzar su meta existencial.

Aunque me meta la lengua al besarme - decidió - si alguno de éstos interesantes hombres se decide, a poco que me guste, me caso con él.

Quedaron atrás las explosiones estudiantiles de Francia, los ecos en la universidad española, la primavera de Praga, el asesinato de Bob Kennedy y los primeros atentados de la ETA. Amelia se enteró de todo a medias, porque Ramón continuaba insistiendo en sacarla de su incuria y de su indiferencia, pero ni siquiera la perturbó el estado de excepción impuesto en toda España, a raíz de los disturbios estudiantiles y obreros. Mientras el mundo crepitaba, ella se compró un nuevo vestido de falda cortísima, para brillar en la fiesta de los Torregrosa. Ramón no quiso acompañarla, alegando que había quedado.

- ¿Y si terminamos tarde? - se lamentó - ¿Tendré que volver sola?

- Quédate a dormir en casa de Petra - la madre encontró la solución, mientras la ayudaba a ponerse el abrigo - debe de tener sitio de sobra.

En casa de Petra no se bailaba el twist, la yenka ni el madison. Allí se movía uno al ritmo de Iron Butterfly y otros complicados y modernísimos grupos.

- Los trajo Perico de los Estados Unidos - rio Petra cuando Amelia inspeccionó los discos - ya sabes que siempre está de rollo con los americanos.

Perico Alcántara, treinta años, bien parecido y buena posición económica, aunque no se supiese a ciencia cierta a qué tipo de actividades se dedicaba, se había fijado en la linda carita de Amelia durante la boda de José Miguel Torregrosa y ahora que la tenía a tiro, no pensaba desperdiciar la ocasión de acercarse a ella.

- ¿Tú eres la amiga de Petra del colegio? - se acercó a ella con dos vasos en la mano. - ¿Un whisky?

- Sí a las dos cosas - rio Amelia.

- ¿Y ahora qué haces? - él fingió interesarse.
- Nada ¿y tú? - ella se interesó de verdad.
- Negocios - respondió Perico.
- ¿Con los americanos? - Amelia acababa de hablar con Petra.
- Entre otros - él se mostró evasivo, no tenía ganas de dar explicaciones a aquella monada ni de perder el tiempo - ¿por qué no bailamos?
- ¿Esto? - Amelia le miró espantada - ¡No tengo ni idea!
- ...in a gadda da vida, honey... - canturreando, Perico la tomó de la mano - déjate llevar por el ritmo, ven.

Durante un larguísimo solo de batería, Amelia le abandonó en mitad de la sala. El siguió bailando con los ojos semicerrados, casi sin darse cuenta.

- ¡Pues sí!

Buscó a Petra y la halló en un rincón, conversando con Lita Bustelo. Parecían tan sumidas en una charla íntima que no se atrevió a aproximarse a ellas, pero Petra la vio y la invitó a unírseles.

- ¿No te gusta Perico? - Petra la miró sonriente - le has dejado solo en mitad del baile.

- ¡Qué latazo! - se quejó Amelia - No aguanto a los exhibicionistas.

Las tres le miraron moverse solo en medio de alguna que otra pareja. Parecía en éxtasis y su cuerpo había adquirido cierta rigidez, vibrando como una sola pieza con el movimiento que le imprimían los pies, tabaleando sobre la tarima. Lita se rio tontamente.

- ¿No has dicho que vendría Carlos Vidal? - preguntó Amelia de mal humor.

- Llegará más tarde - respondió Petra - viene desde Bruselas.

Se separó de ellas y recorrió la sala de al lado, deteniéndose junto al buffet, donde Nené coqueteaba descaradamente con Jaime Albert. Se sentó con una copa y un emparedado, escuchando sin querer la conversación que se desarrollaba unos pasos más allá.

- No me parece fácil - decía en aquel momento Rafael Durán, oficialmente asesor jurídico de José Miguel Torregrosa y, oficiosamente, un secreto a voces, miembro de la temida Brigada Político-Social.

- ¡Venga! - insistió José Miguel - si no conocieses al director general de Aduanas, no te lo propondría.

- Es nuevo - porfió el otro - acaba de recibir el cargo y no creo que quiera... intervenir.

- Inténtalo - ahora habló Pablo Roldán, el marido de Lita Bustelo - es una partida importante, pero si hay que andar pagando aranceles, el beneficio se reduce en un treinta y seis por ciento.

- ¿Por qué no tratáis de esperar alguna reducción coyuntural? - preguntó Rafael algo ansioso - yo... no me atrevo aún con éste.

- ¡Anda ya! - la voz de José Miguel sonó hostil - ¿Crees que no me he informado? Es una partida muy protegida, precisamente, ahí estriba el negocio. Nosotros lo importamos con una posición estadística liberada y tu amigo se compromete a no investigar.

- Ya os he dicho que es nuevo - Rafael sudaba - y no parece de los que se lanzan así sin más ni más, sin haber consolidado posiciones. Si aún no conoce ni al administrador de la aduana.

- Hay un buen pellizco - Pablo Roldán miró a su alrededor - entérate de con qué administradores tiene confianza y, si es preciso, lo traemos a otro puerto.

Aburrida de escucharles, Amelia se disponía a levantarse, cuando Perico llegó junto a ella.

- ¡Bueno! ¡Vaya corte! - se quejó - ¡Abro los ojos y me encuentro solo en la pista!

- Pues has tardado en enterarte - Amelia se encogió de hombros y le siguió hasta la sala de al lado.

La voz sensual de Marie Laforet les invitó a bailar y Perico la enlazó por la cintura, balanceándola suavemente, sin mover apenas los pies, al compás de la canción. Amelia se dejó apretar, separando las caderas. Sintió sus pechos chafarse sobre el pecho de Perico y se notó molesta. Sintió la mejilla de Perico junto a la suya y le pareció que raspaba un poco. Sintió el brazo de Perico en torno a su talle y lo comparó con un cepo.

- ...viens, viens... - Perico canturreó a su oído la dolorosa melodía que esparcía el altavoz. Incómoda, ella no bajó la guardia ni un momento